

RESEÑAS

SKOWROŃSKI, Kr. P., *Santayana and America. Values, Liberties, Responsibility*, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle, 2007, 210 pp.

Cuando John Rachjman y Cornel West levantaron el acta de defunción de la filosofía analítica en su *Post-Analytic Philosophy* (Columbia UP, Nueva York, 1985), ninguno de los filósofos que contribuyeron entonces a definir la “filosofía en América” a la que Rachjman aludía en el prefacio o a fijar la “política del neopragmatismo americano” a la que West se refería en el epílogo —Richard Rorty, Hilary Putnam, Richard Bernstein, Harold Bloom o Stanley Cavell, entre otros, ni siquiera Arthur Danto, que había visitado a Santayana en Roma poco antes de su muerte y prologaría en 1988 la edición crítica de *El sentido de la belleza*— mencionaría en apoyo de sus argumentaciones al autor de *Los reinos del ser*. El libro del profesor Skowroński, dedicado expresamente a exponer la articulación entre Santayana y América, suple esa deficiencia tanto con la intención de “separar lo que resulta valioso en nuestras tradiciones intelectuales del nacionalismo oficial” (Rachjman) como con la voluntad de edificar “una nueva y mejor civilización global” (West). El último capítulo, en especial, de *Santayana and America*, que trata de “la responsabilidad del filósofo en la época moderna” y relaciona a los “neopragmatistas americanos” con Santayana, es inequívoco al respecto: el giro pragmático de la filosofía ha acabado encontrando a Santayana, filósofo del viaje, al borde del camino.

En este encuentro, sin embargo, Santayana puede haber sido interpretado o malinterpretado —aunque no del todo como una *misreading* bloomiana— y adoptado como predecesor e incluso como contemporáneo, como si fuera un nuevo extranjero, cuya función sería análoga a la que los filósofos analíticos europeos desempeñaron a su llegada a los Estados Unidos setenta años atrás, casi cuando Santayana emprendió su viaje sin retorno a Europa: Rorty no habría hecho otra cosa que asumir, entre las consecuencias del pragmatismo, el papel de anfitrión que John Dewey representó con su *Teoría de la valoración*. Pero, para el neopragmatismo, que ha heredado de la filosofía analítica la institucionalización de la profesión filosófica, un filósofo como Santayana exigía algo más que hospitalidad académica. La democracia en América tenía, además, en el cosmopolitismo de Santayana, en la concepción del espíritu como un mundo de libre expresión o en el refinado desafecto del filósofo por cualquier sentido fuerte de la identidad y la pertenencia, un procedimiento ideológico idóneo para convertirse en una “esencia”, algo mucho más inocuo, desde luego, que una potencia y, sobre todo, que una superpotencia.

RESEÑAS

Dominaciones y poderes seguía siendo así, como escribió John McCormick, el menos leído y entendido de los libros de Santayana.

Sin duda, también para Skowroński ha resultado clave la “perspectiva axiológica” de Santayana —que lo emparejaría con filósofos como lord Shaftesbury, Lotze, Nicolai Hartmann o Henryk Elzenberg (p. 79)— a la hora de establecer su propia vinculación con los Estados Unidos. Los capítulos 6 y 7, dedicados a la “disputa sobre el americanismo” y “los problemas de la americanización”, explicarían en parte el interés personal de un profesor de filosofía polaco por la filosofía de Santayana y, en general, por la filosofía americana. La imagen de los Estados Unidos que proyecta la crítica de Santayana a la “tradicición gentil” resulta mucho más favorable para un europeo que la identificación entre la democracia y América que Walt Whitman —a quien Skowroński cita textualmente en este sentido— estableció y que Dewey y Rorty habrían defendido con reservas. Skowroński pertenece a una generación de lectores europeos de Santayana que puede entenderse a la perfección con los filósofos americanos posteriores a la filosofía analítica (véase como muestra *Under any Sky. Contemporary Readings of George Santayana*, editado por el propio Skowroński y Matthew C. Flamm este mismo año en Cambridge Scholars Publishing). “Valores, libertades y responsabilidad” —como reza el subtítulo de su libro— serían, con esa perspectiva, términos apropiados para una filosofía comparada que acaba siendo, bajo cualquier cielo, una sola filosofía. Los filósofos, en efecto, suelen tener que ver más entre sí que con la sociedad en la que viven.

Ahora bien, la sociología de la filosofía no esclarece por qué “Santayana no fue capaz de reconocer la grandeza de Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau” (p. 198). Un lapsus de Skowroński puede sernos útil para entender esta omisión. Hacia el final del primer capítulo, donde analiza el *In-Betweenness* de Santayana, Skowroński alude al ensayo póstumo de Santayana ‘Three American Philosophers’ dándole, en dos ocasiones, el título de “American Scholars” (p. 24). El desplazamiento —en sentido freudiano— de “Philosophers” a “Scholars” es significativo. “American Scholar” es el nombre con el que Emerson personificó su proyecto de domesticación de la idea de cultura en América; deliberadamente, Emerson eludió referirse al “American Scholar”, que Thoreau encarnaría en su escritura de *Walden*, como “filósofo” (las menciones de la filosofía en *Walden*, por otra parte, son extraordinariamente precisas. Santayana tomaría de Thoreau la distinción entre el “filósofo” y el “profesor de filosofía”). La exclusión de Emerson

RESEÑAS

y Thoreau de la filosofía académica o profesional —a pesar de su influencia en James o Dewey, los otros dos “filósofos americanos” del ensayo de Santayana, o recientemente en Cavell— condiciona, en mi opinión, cualquier aproximación a la filosofía en América. La ausencia de reconocimiento en la obra de Santayana de la grandeza de Emerson y Thoreau es menos importante que el hecho de que “American Scholar” de Emerson o *Walden* de Thoreau —a una distancia infinita de las filosofías postanalíticas o neopragmatistas— constituyen términos más apropiados para una comparación entre Santayana (o cualquier otro filósofo) y América que los valores, las libertades y la responsabilidad con los que Skowroński ha dado el primer paso en la dirección más fecunda que puede seguirse para leer a Santayana. En el texto citado, uno de los Altimos que escribí, Santayana confesó que su filosofía era “esencialmente una labor literaria”. Comparar esa labor, que hace de una lectura atenta el requisito del entendimiento, con la escritura constitucional americana que Emerson, Thoreau o —en un terreno no filosófico— Abraham Lincoln cultivaron contribuiría, sin duda, a que no recordáramos erróneamente —para acabar con Freud— esas dos palabras extranjeras: “American Scholar”.

Antonio Lastra

La Torre del Virrey. Revista de estudios culturales
antoniolastra@latorredelvirrey.es